

La religión del pueblo. Notas para una fenomenología

Por Juan de DIOS MARTIN VELASCO

El tema de la religiosidad popular ocupa un lugar importante en la atención y la reflexión pastoral de la Iglesia. Este interés eclesial por el tema conecta con el desde hace tiempo le venían prestando las ciencias de la religión, las ciencias del hombre y, en especial, la antropología cultural que tiene en las manifestaciones de la vida religiosa del pueblo uno de sus documentos más importantes. Los términos con que se designa el fenómeno objeto de este renovado interés expresan la pluralidad de perspectivas y de intereses desde las que se le aborda y las consiguientes variaciones de significado que sufre. En algunos círculos se habla preferentemente de catolicismo popular. Con este término se designa preferentemente la forma devocional y practicante de vivir el catolicismo que caracteriza a los fieles no instruidos y no militantes de países de tradición y de mayoría católicas. En otros medios se utiliza predominantemente el término de religiosidad popular. Con el término "religiosidad" se designa el conjunto de manifestaciones externas —contrapuestas a la actitud interior o a la fe— en que se expresa la actitud religiosa de un grupo. Los estudiosos del fenómeno religioso prefieren hablar de religión o religiones populares, dando a la palabra "religión" el sentido de hecho religioso positivo que tiene en la ciencia moderna de las religiones.

La historia de las religiones ha constatado desde muy antiguo la distancia existente entre las manifestaciones de la vida religiosa de las masas populares de las distintas religiones y la imagen de las mismas que se deduce de los grandes textos canónicos procedentes de las "élites" sacerdotales o monacales y de las escuelas teológicas. Esta distancia es más claramente perceptible en las llamadas grandes religiones universales, por la doble razón de que sus documentos canónicos son más elaborados intelectualmente y se han extendido a capas de población más diversificada. Así las religiones de nivel primitivo se reducen a un tipo uniforme de religiosidad identificable como popular. En cambio, en las grandes religiones, como el budismo, el hinduismo o el cristianismo, siempre ha existido una distancia considerable entre la religión de sus documentos canónicos y de sus minorías dirigentes y la de las masas populares de la población. Esta distancia se ha agudizado a medida que en estas grandes religiones se ha acentuado el proceso de "oficialización" que sanciona un

J.D. MARTIN VELASCO

modelo institucional y lo impone a una masa de población cultural y socialmente muy diversificada.

La tensión entre religiosidad popular y otros tipos de religiosidad; la oficial, representada por el grupo dirigente sacerdotal; la de los teólogos que fijan la ortodoxia; la de los grupos religiosos especialistas —monjes y místicos— ha sido constante en la historia de todas las religiones. Conviene observar, además, que la frontera más allá de la cual se han ido situando las formas de religiosidad calificada de popular sufren desplazamientos importantes según los distintos observadores. Así, para poner sólo un ejemplo, para los espíritus “ilustrados” la religiosidad popular comprende toda forma de religión “estatutaria”, incluidas, por tanto, las diferentes formas de religión oficial, que admiten elementos positivos más allá de la religión de la mera razón.

Estas rápidas alusiones al contexto más amplio de la historia de las religiones ayudan a situar la problemática actual en torno al tema de la religiosidad popular. Pero es indudable que esta problemática contiene elementos nuevos que la descripción no puede pasar por alto. Anotemos, en primer lugar, las diferencias que imprimen a la expresión los distintos usos del término “popular”. Tres son los significados que puede comportar este término casi mágico del vocabulario actual. “Popular” puede entenderse, en primer lugar, como sinónimo de “proletario” o de “obrero”. En este sentido se emplea cuando se habla de un barrio popular, de la clase popular o de iglesia popular. Hablar de religiosidad popular en este sentido es hablar de la forma religiosa de ser propia de la clase oprimida. “Popular” puede entenderse como sinónimo de “tradicional”. Es el sentido que adquiere el término, aplicado, por ejemplo, a los cantos o a las danzas de una región, o aplicado a la “sabiduría” contenida en el refranero. En este mismo sentido se entiende el término cuando se habla de los usos y costumbres populares. “Popular” puede, por último, entenderse en el sentido de lo propio del hombre medio, de aquel que no ha recibido una formación especial ni tiene unas responsabilidades especiales. “Popular” es aquí sinónimo de hombre de la masa, inculto desde el punto de vista a que se aplique, aunque en otras esferas pueda disfrutar de un grado elevado de cultura.

El uso del término “popular” según uno u otro de estos significados confiere a la expresión “religión popular” sentidos diferentes, porque la hace referirse a fenómenos claramente diferenciados. Esto nos lleva a distinguir tres tipos de religiosidad popular como único medio de obtener una descripción adecuada del fenómeno.

La religión popular como ideal de religión para la clase oprimida.

Entendido el término “popular” como sinónimo de proletario, no puede aplicarse más que unido a la pertenencia a esa clase social que, por oposición a la clase dominante, constituye el pueblo por antonomasia. La religión popular, entendida en este sentido, más que referirse a un hecho, designa un proyecto de adaptación de la religión a la especial situación de opresión en que se encuentra esa clase. Ese pro-

RELIGIOSIDAD POPULAR: FENOMENOLOGIA

yecto comporta como elementos negativos la necesaria desideologización de la religión utilizada hasta ahora por las clases dominantes y la lucha contra la institución religiosa oficial, en la medida en que ésta ha vivido aliada con los poderes opresores. Positivamente, la religión popular destacará los elementos subversivos contenidos en la religión y hará de ella un factor revolucionario. Rasgos de esta forma de religión popular son la insistencia en la denuncia "profética" de las situaciones de injusticia socio-económica; la invitación permanente al compromiso sociopolítico como prueba de autenticidad de la fe; la tendencia a identificar pertenencia religiosa y pertenencia a la clase oprimida. También se puede observar en esta forma de religión popular una tendencia a privilegiar en sus celebraciones el adoctrinamiento sobre el cultivo de los aspectos gratuitos de lo religioso y un insistente distanciamiento de la institución oficial y en especial de sus autoridades. Aun cuando las comunidades que viven este tipo de religión hayan surgido de la preocupación por implantar la iglesia en el pueblo, frecuentemente presentan una forma de vida fuertemente "clericalizada" y producen la impresión de ser unas formas de religión para el pueblo más que unas formas genuinamente populares. No se puede ignorar, sin embargo, que con frecuencia algunas de estas comunidades presentan una feliz implantación de los valores más específicamente cristianos, en formas auténticamente populares que sirven como de anticipación de lo que puede ser en un futuro no lejano una iglesia y una religión populares.

La religiosidad popular tradicional.

Con esta expresión nos referimos al conjunto de mediaciones religiosas que tienen por sujeto a una comunidad cultural y que han sido transmitidas tradicionalmente junto con la cultura de la que forma parte.

Los rasgos de esta religiosidad se derivan del hecho de tener al pueblo por sujeto. El hecho no tendrá nada de extraño para quien esté familiarizado con la división, frecuente en tipología de las religiones, entre religiones nacionales —su sujeto es la comunidad, la nación o el pueblo— y religiones universales —el sujeto de ellas es la persona.

Decir que el sujeto de esta religiosidad es el pueblo es decir que la persona nace a esa religión en la medida en que nace a ese pueblo. La persona no crea esa religiosidad, sino que la hereda, como hereda la lengua y la cultura, aun cuando se trate de una herencia que haya de ser asumida personalmente por el sujeto. Por otra parte, los mecanismos de la transmisión son tan eficaces como difíciles de detectar en concreto. Basta pertenecer a ese pueblo para heredar, como un elemento más de los que le constituyen, las formas de religiosidad que le son propias.

En esta religión cuyo sujeto es el pueblo las personas singulares toman parte no como tales personas, sino como miembros del pueblo. Pero esto no significa que la persona singular no intervenga. Por el contrario, dado que el pueblo es una entidad real, cada miembro de ese pueblo en la medida en que toma parte de la vida del pue-

J.D. MARTIN VELASCO

blo, única manera de vivir personalmente, toma parte de todas las manifestaciones fundamentales del pueblo entre las cuales se encuentra su religión.

Por eso, la religiosidad tradicional es una religiosidad eminentemente *participada*. Las personas que forman parte del pueblo son actores de todo lo que el pueblo hace. Como en el canto, como en la danza populares, en la religiosidad tradicional todos prestan sus gestos, sus movimientos, su acción, sus bienes, su voz, para conseguir ese unísono lleno de color y de variedad que constituyen la romería, la procesión, la danza y las celebraciones festivas tradicionales. Se trata, pues, de una manifestación religiosa eminentemente solidaria.

Si del sujeto pasamos al contenido mismo de estas manifestaciones nada destaca tanto en él como su riqueza imaginativa y emotiva, su exuberancia simbólica y el predominio de las mediaciones activas sobre las racionales. Como se ha dicho de los africanos, de la religiosidad popular puede decirse que no piensa lo divino, sino que lo danza. De ahí, la preponderancia de las mediaciones corporales y el espesor ritual de este tipo de religiosidad.

Los temas de esta religiosidad vienen dados por el contenido a que acabamos de aludir. La presencia de las manifestaciones corporales determina una presencia pareja de todo lo relacionado con el cuerpo: comida, vida sexual, etc., y el cosmos en el que el hombre corporal vive. De ahí, la importancia de los lugares sagrados, santuarios, lugares elevados, bosques, manantiales, etc., en esta forma de religiosidad.

Las mediaciones racionales no faltan en la religiosidad popular que estamos caracterizando, pero el lugar de la doctrina abstracta y de los sistemas lógicos está ocupado por los relatos maravillosos y las leyendas que divulgan, facilitando su comprensión por la masa, los grandes temas míticos.

Un último rasgo característico de la religiosidad popular tradicional es lo que algunos han llamado el fenómeno de la compensación. Con esta expresión se refieren algunos autores al hecho de que las manifestaciones de esta religiosidad parecen debidas a la necesidad de romper con las fórmulas excesivamente estrechas, por excesivamente sobrias, austeras y racionales, que la religión oficial tiende a imponer al pueblo. Esta necesidad explicaría, además de la exuberancia a que hemos aludido, el carácter frecuentemente crítico y burlesco frente a las autoridades establecidas y los valores y creencias generalmente admitidos. De ahí, que esta religiosidad produzca frecuentemente formas de anticlericalismo, como una protesta contra las instituciones que han tratado de monopolizar la relación con el mundo de lo superior.

Este último factor, unido a los anteriores y sobre todo a su riqueza simbólica, hace de la religión popular tradicional un verdadero espejo en el que se reflejan los anhelos, las insatisfacciones, las esperanzas y las nostalgias de una comunidad. La religiosidad popular es una de las pistas más seguras para llegar al centro de la conciencia y del alma de un pueblo.

RELIGIOSIDAD POPULAR: FENOMENOLOGIA

Todos estos rasgos nos permiten clasificar esta religiosidad en lo que algunas tipologías denominan religión "cósmico-biológica". En este tipo se agrupan en general aquellas religiones en las que lo sagrado es comprendido en una relación muy estrecha con la naturaleza y sus ciclos, y la vida humana es vivida como una parte integrante de ese cosmos. Se trata de religiones en las que la realidad suprema es entendida más que como persona que con sus designios y sus promesas provoca una historia en la que se enmarca la biografía del sujeto, como una sustancia primordial en la que se subraya la inmanencia de lo sagrado, de la que surge por una renovación periódica la corriente de vida en la que se encuentra la vida del individuo. En estas religiones las manifestaciones de lo sagrado aparecerán ligadas con los fenómenos naturales, y carecerán de relieve la historia humana y los factores de libertad e iniciativa que la promueven. El centro de esa religiosidad, como actitud fundamental del hombre, no es la fe y la esperanza, sino más bien un vago sentimiento de dependencia frente a la realidad primordial y de necesidad de relación con ella.

Una vez descrita esta forma de religiosidad, es importante que nos preguntemos por su situación en la actualidad.

Parece claro que la religiosidad tradicional está en proceso acelerado de extinción. Muchos son los elementos que intervienen en esta situación. El primero de todos es el proceso de transformación en que está sumida la cultura de la que esa religiosidad forma parte. Es un hecho doloroso, pero que no se puede dejar de constatar, que cada paso de la llamada cultura moderna: industrialización, urbanización, establecimiento de los medios masivos de comunicación, emigración, etc., ha acentuado la desaparición de la cultura popular e incluso del pueblo que le servía de base. En el mismo sentido, pero afectando más directamente al aspecto religioso, han operado esos otros factores de la cultura moderna que designamos con los términos de desacralización, secularización y pluralismo. La religiosidad, eje y base de la cultura y de la sociedad tradicional, ha pasado a ser, cada vez más, cosa de un individuo que cada día encuentra nuevos medios de responder secularmente a cuestiones para las que su tradición no tenía más que respuestas religiosas. Por último, las mismas religiones establecidas, al recibir el impacto del proceso secularizador de la cultura moderna e intentar adaptarse a ella, van desechando de forma cada vez más radical manifestaciones religiosas tradicionales consideradas como formas imperfectas de religiosidad, que hasta ahora había tolerado como males menores para sus miembros menos cultivados.

Aun cuando esta situación sea relativamente reciente, es preciso destacar dos cosas. Primero, que sus efectos están muy extendidos y han calado ya muy profundamente en la conciencia del pueblo. Pero es preciso reconocer, en segundo lugar, que ya comienzan a manifestarse síntomas de cansancio de las nuevas formas de cultura masiva, impersonal de la época moderna y que comienzan a despuntar indicios de resurgimiento, bajo formas mas o menos "salvajes", de religiosidad popular que intenta empalmar con los temas tradicionales.

La religiosidad popularizada

Con esta expresión nos referimos a la religiosidad cuyo sujeto es el pueblo en el tercer sentido atribuido anteriormente a lo popular. Se trata de la religiosidad del

hombre medio, del fiel de la masa, en oposición al fiel instruido en su fe y al creyente militante o al que asume una responsabilidad de relieve en el seno de la institución religiosa. ¿Qué rasgos caracterizan este segundo tipo de religiosidad popular? El primero, que envuelve de alguna manera todos los demás, es el de ser una religiosidad *práctica*. Se trata de una religiosidad en la que las prácticas, es decir, la frecuentación de determinados ritos tenidos por obligatorios, ocupan un lugar preponderante. Pero se trata, además, de una religiosidad práctica en el sentido de utilitaria; es decir, que pone en juego una actitud en la que el sujeto busca su propio —y más o menos elevado— provecho. Este provecho puede consistir en la satisfacción de las necesidades inmediatas de la vida humana: salud, posición, posesiones, etc., o en la obtención de la salvación concebida en general como una vida dichosa más allá de la muerte.

Este rasgo de religiosidad interesadamente salvífica explica la presencia de los numerosos rituales funerarios concebidos sobre todo bajo la forma de sufragios que aseguran a los seres queridos la salvación que el sujeto ansía. Con él se relacionan también el gusto por las indulgencias que hay que "lucrar" y, más generalmente, la importancia en este tipo de religiosidad del dinero como medio costoso que asegura la eficacia de las acciones rituales y el encauzamiento de esa eficacia hacia el sujeto que las ha "encargado". Con este rasgo, aunque no exclusivamente con él, se relacionan también la tendencia de los sujetos de esta religiosidad a los votos y promesas de sacrificios y acciones costosas encaminadas a apoyar una petición particularmente importante.

El mismo carácter de práctica que posee esta forma de religiosidad se expresa en el hecho de que prevalezca entre sus manifestaciones la oración de petición más o menos ingenua y más o menos purificada. El predominio del interés confiere a esta religiosidad elementos que la emparentan a veces con la actividad claramente mágica.

El segundo rasgo característico de esta religiosidad popularizada es lo que podríamos llamar su *gran densidad sacral*. Con esta expresión nos referimos a la tendencia a multiplicar las realidades de todo tipo, pero preferentemente objetivas, en las que se encarna la divinidad, el mundo de lo superior y, en general, el mundo de lo sagrado. La religiosidad del pueblo sacraliza todo cuanto tiene alguna importancia en su vida. En su calendario, todos los puntos culminantes: siembra, recolección, cambio de las estaciones, son celebrados festivamente como momentos privilegiados para el encuentro con lo superior. En su medio geográfico, son santificados todos los lugares que tienen algún relieve, y convertidos en santuarios. El pueblo multiplica los mediadores que aseguren la eficacia de sus celebraciones y representa a estos mediadores en innumerables imágenes. Existe una clara tendencia a la cosificación de lo sagrado que parece originarse en la necesidad de disponer más fácilmente de ello para mejor utilizarlo.

A la misma tendencia parece deberse el carácter *devocional* de esta religión popularizada. Las devociones que florecen de forma exuberante en esa religiosidad responden en efecto a la necesidad de recurrir en cada caso al mediador especializado y con la frecuencia novena, octavario, etc.—que le corresponde, y que permite la reiteración de las peticiones que las haga más eficaces.

RELIGIOSIDAD POPULAR: FENOMENOLOGIA

En la actitud que está en la base de este tipo de religiosidad parece prevalecer la necesidad de *seguridad*, presente en toda actitud religiosa, pero afirmada aquí casi de forma exclusiva. Esto explicaría el paso en ella, como en algunas religiones primitivas, de la realidad suprema a la categoría de dios ocioso; Dios, en efecto, aparece, en muchas manifestaciones de esta religiosidad popular, como un trasfondo, más temible que invocable, que ha dejado su lugar a los casi innumerables intercesores —Jesucristo y sus múltiples títulos, María y sus innumerables advocaciones y el coro de los Santos patrones— vividos como intermediarios de la salvación.

La religiosidad del pueblo en este tercer sentido aparece también como una religiosidad individualista. Este rasgo no excluye el que muchas de sus manifestaciones sean colectivas. Se trata en efecto de fenómenos masivos que concentran a muchos individuos pero sin conseguir la relación efectiva y la comunicación entre ellos. Todos coinciden en la expresión de sus necesidades, pero el propio interés los mantiene aislados. En las masas de los "peregrinos" a los modernos santuarios, cada sujeto va —si cabe hablar así— "a lo suyo".

También esta religiosidad tiene su teología. Como su liturgia, ésta formada de expresiones surgidas en mentalidades que tienen poco que ver con la del pueblo y que han divulgado, es decir, han simplificado hasta el extremo los grandes sistemas de la teología oficial. Se trata de fórmulas estereotipadas, engañosamente claras y creadas más para ser recibidas por la memoria que para servir de expresión de una vida interior. Sus expresiones, fácilmente almacenables en la memoria, fomentan esa tendencia a la seguridad tan arraigada en esta religiosidad, al permitir a sus portadores conocer lo que tienen que creer para salvarse.

La suma de todos estos rasgos nos presenta la imagen de una religiosidad que puede ser cristiana en sus contenidos fundamentales, pero que aparece empobrecida, esquematizada, superficializada hasta el extremo de parecer más una caricatura que una manifestación de la religión cristiana. Religiosidad de costumbre más que de tradición, contiene todos los elementos de una religión rutinaria. Por eso discurre a lo largo de la vida de los hombres que la practican pero, aun cuando ocupe un lugar todavía cuantitativamente importante en ella, no ejerce ningún influjo sobre su curso real. Parece ser practicada pensando sólo en el más allá, sin la menor influencia sobre la vida concreta.

Consideremos, para terminar esta descripción, la situación de este tipo de religiosidad en nuestro tiempo. Su presencia no está ligada a ninguna clase social y aparece en todas ellas, aunque más viva en aquellos grupos sociales menos sensibles al cambio social. Este hecho, junto con las características de individualismo, interés y necesidad de seguridad que le hemos atribuido podrán tal vez justificar la conexión que algunos establecen entre esta religiosidad y la burguesía hasta el punto de calificarla de religiosidad burguesa.

Su declive es un hecho manifiesto. El indicio más claro del mismo es la disminución de la llamada práctica religiosa. En él han influido los condicionamientos de la vida urbana, el proceso ya aludido de la secularización y en un grado considerable, por lo que se refiere al campo católico, el influjo de la renovación de la religión institucional, a partir, sobre todo, del Concilio Vaticano II.

Conclusión

No entramos aquí en las posibles explicaciones del surgimiento de estas formas diferentes de religiosidad popular ni en una valoración antropológica y religiosa de las mismas. La descripción que hemos ofrecido muestra, a nuestro entender, la necesidad de evitar las generalizaciones excesivas en el tratamiento teórico de este fenómeno, más complejo de lo que parecen creer quienes hablan del pueblo y de sus cosas como de algo, por principio, simple y sencillo. Más aún muestra la necesidad de un tratamiento práctico —pastoral o político— respetuoso de su originalidad y de los valores humanos y religiosos que encierra.